

La Doncella de la Rosa

Julio Ángel Escajedo Pastor

Ilustración de cubierta: *Delfina Palma*



Editado:

ISBN: 978-84-92893-26-3

Antequera, 2

28041 Madrid

info@equiposirius.com

www.equiposirius.com

Libro I: Annerose

*Tu inteligencia es como el fuego,
pienso mientras contemplo las llamas:
necesaria y cálida, y también
devoradora y destructiva.*

Llamas (2), *Berna Wang*

Capítulo 1: Un mal comienzo

—Esto no puede estar sucediendo — repitió por enésima vez el cadete Maximillian Prichner mientras contemplaba a sus camaradas de armas encerrados junto a él.

La letanía, recitada a modo de mantra protector, no parecía haber surtido ningún efecto a lo largo de la última hora. La celda,

limpia, espaciosa y antigua –con rejas, ni siquiera con un campo de fuerza– se hallaba sumida en la penumbra y no era más que una zona de tránsito para alborotadores ocasionales situada en un edificio anexo al astropuerto de Werner. Desde la pequeña ventana enrejada se veían dos de las lunas de Lohengrin en su recorrido nocturno.

Sentado en el suelo al lado de Max se encontraba Albert Hollerstein. El cadete estaba sumido en sus pensamientos y se limitaba a ignorar por completo a su molesto compañero. De pie frente a ellos, se había colocado Theodora Muller, la última integrante del grupo. Al igual que sus compañeros, Dora vestía el uniforme de cadete de la Flota Imperial, que la designaba como una de las primeras mujeres que había accedido a ese puesto. A la luz de las lunas, su melena pelirroja relucía como el fuego y su expresión era serena, como si se estuviese limitando a disfrutar del paisaje ofrecido por sus anfitriones.

En otras circunstancias, la plácida noche sin nubes en la capital imperial hubiera sido una visión majestuosa.

—Esto no puede estar sucediendo. Estamos acabados. Mañana seremos civiles. ¡Expulsados en víspera de nuestro momento de gloria por culpa de unos malditos paletos!

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien dio el primer puñetazo— espetó Dora—. Y también fuiste el primero en ir al suelo.

—¿Y quién de vosotros me avisó de que ese tipo venía acompañado de tantos amigos?— dijo Max frotándose la mejilla izquierda, que estaba empezando a adquirir un color morado.

Albert rompió el silencio en el que se había sumido los últimos minutos.

—Por lo menos Annerose consiguió escapar...

—¿Esa buena para nada? Apuesto cincuenta coronas a que, al primer signo de problemas, se ha acurrucado detrás de la barra, muerta de miedo— replicó Max.

—Si os referís a una muchacha morena y bajita, yo no me preocuparía.— La voz retumbó por toda la celda mientras una enorme figura que vestía el uniforme del Cuerpo Imperial de Marines emergía del extremo opuesto de la sala.

El gigante se había presentado hacía un buen rato como el recluta Klaus Heinges y se encontraba en la misma situación que el trío al haber intervenido en su ayuda durante la pelea. A Max, que había olvidado la presencia del marine, se le heló la sangre al oírle hablar. La musculatura exagerada de Klaus indicaba que había nacido en Celeres, mundo agrícola poseedor de la mayor fuerza de gravedad de los planetas habitados del Eje. Eso le convertía en un candidato excelente a marine imperial y en un enemigo formidable en combate cuerpo a cuerpo, como había demostrado esa noche.

—Mientras estábamos ocupados, la he visto abrirse paso hasta la puerta. Su técnica no era del todo depurada, pero sí muy efectiva.

Hubiera sido una buena marine, salvo por la estatura.

—¿Qué?— saltaron a la vez los cadetes.

—Oh, sí. No exagero. No pude fijarme bien, pero conté por lo menos un par de bajas. El último de ellos creo que no podrá tener hijos a juzgar por la terrible patada que le propinó.

Un escalofrío recorrió la columna de Max y Albert al imaginar la escena.

—La policía llegó enseguida,— prosiguió Klaus— así que supongo que vuestra amiga fue en busca de refuerzos. Normalmente esperan un poco más, hasta que la mayoría de los combatientes huyen o caen inconscientes. No les culpo, el pasatiempo local parece ser destrozarse los bares cercanos al astropuerto.

Albert no pudo reprimir una sonrisa. Conocía a Annerose desde su infancia en Taunus y no había dejado de sorprenderle, incluso después de tantos años. La pequeña Annerose, viva e inagotable, se había convertido de la noche a la mañana en otra persona distinta,

callada y reservada, tras la muerte de su padre. Albert había notado el cambio a lo largo de los siguientes años y había sido testigo de cómo una sola idea quedaba implantada en la mente de la muchacha: formar parte de la Flota Imperial.

Albert se había presentado junto a ella al examen de ingreso de la Academia. De eso hacía ya casi cuatro años. Faltaban diez días para que los cadetes despegaran rumbo a Heidelberg en un vuelo de entrenamiento a bordo de un crucero imperial. ¡Un vuelo real! Eso era algo que merecía celebrarse. Pero ahora veía el futuro en la Flota muy negro, al menos para los miembros capturados durante la escaramuza.

Un zumbido devolvió a Albert a la realidad. Al escuchar el chasquido del anticuado cerrojo eléctrico de la celda, los prisioneros callaron de golpe. Durante una eternidad, los cuatro presos contemplaron expectantes la puerta y esperaron la llegada del verdugo. Finalmente, un hombre con el uniforme del

Departamento de Seguridad de Werner entró en la celda.

—Vosotros cuatro, fuera de aquí. Recoged vuestras cosas en el mostrador de la derecha y largaos—. A pesar de intentar dar un tono firme a su voz, el oficial recitó la frase como si de un ritual cotidiano se tratase. —¡Y que no os vuelva a ver por aquí!

—¿Estamos libres?— aventuró Max mientras formulaba una silenciosa plegaria en la que prometía prescindir de todas las malas actitudes por las que era conocido. Bueno, de la mayoría.

—Los cargos han sido retirados, en efecto.

—¡Estamos libres!— Max sintió un alivio indescriptible. Habían estado cerca del abismo, pero habían capeado el temporal. El futuro era un tiempo lleno de promesas en el que alguien como él podía abrirse paso hacia la gloria. — ¡Estamos libres!

–Pero no hay lugar a donde pueda huir de mí, cadete Prichner.

Obmierdaobmierdaobmierda.

Los sentidos de Maximillian, nublados por la alegría de su liberación, le habían impedido percatarse de la presencia de dos personas detrás del policía. El primero no necesitaba presentación, por lo menos para los cadetes. Erich Ederhart, el comodoro “Niffleheim” como era apodado entre los estudiantes, veterano de la guerra contra la Confederación de Edelman, había cambiado el puesto de mando de un escuadrón de destructores por la a simple vista más tranquila enseñanza en la Academia de la Flota, aunque no por ello había dejado de entablar combate contra un enemigo de peor naturaleza: los cadetes problemáticos. Además de impartir cursos de táctica espacial, el comodoro Ederhart era el director de la Academia de la Flota y, como tal, el responsable directo de las acciones de todos los cadetes. O, como opinaba Max, el

encargado de que los cadetes supieran lo que era sufrir el infierno en vida.

—¡Señor!— exclamó Max mientras intentaba realizar el saludo más perfecto sacado del libro, gesto que sus compañeros se apresuraron a imitar. *La jodiste, Max. Ahora sí que estás acabado.*

El acompañante del comodoro vestía el uniforme del Cuerpo de Marines.

—¡Sargento Grünhein, señor!—. Al contrario que los cadetes, Klaus no parecía estar nada intranquilo por la presencia de su superior.

—¡Recluta Heinges, maldita sea! ¡Cuándo me llamaron debí haberme imaginado que esto era cosa tuya! ¿Qué tienes que alegar esta vez?

—Mi participación fue incidental, señor. Estos muchachos se hallaban envueltos en una civilizada discusión a través de sus puños con la fauna local. Entonces, uno de los paletos rompió las reglas de la etiqueta social y esgrimió un cuchillo, así que tuve que hacerle ver su falta de cortesía. Si me hubiera quedado quieto,

habría dado mal nombre al Cuerpo, señor. Un marine que no sabe sacar de aprietos a los oficiales de los que debe cuidar... Supongo que al tipo del cuchillo le habrán devuelto los dientes con el resto de sus pertenencias— Klaus sonrió con malicia.

Los cadetes observaron atónitos la escena. A diferencia del comodoro Ederhart, era obvio que el enojo del sargento, al parecer común entre todos los suboficiales marines, era en gran parte un formulismo teatral. Sin embargo, el detalle del cuchillo era algo de lo que ninguno de ellos había sido consciente durante la pelea.

Alguno de nosotros podría haber acabado muy mal, pensó Albert.

—¿No os he dicho mil veces que aseguréis una ruta para la retirada de las tropas? ¡Para que se te quede bien grabado correrás durante el resto del mes unas cuantas millas extras cada mañana! ¡¿Entendido?!

—¡Señor, sí señor!— La voz del celeriano no podía ocultar un atisbo de júbilo, como si el castigo impuesto fuera algún tipo de triunfo del que estar orgulloso.

No hay quien entienda a los Marines, pensó Max. Aunque nosotros no tendremos tanta suerte. A lo mejor consigo que me acepten en el Cuerpo...

Tras intercambiar algunas cortesías con el comodoro, el sargento Grünhein y el recluta Heinges saludaron y se despidieron del grupo.

—La próxima vez invito yo— susurró Heinges al pasar frente a los cadetes, justo antes de desaparecer por la puerta.

Una vez agotada la distracción, el comodoro volvió a centrarse en sus ovejas descarriadas. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Albert se arriesgó a incrementar la ira del oficial.

—Perdón, señor, pero ¿sabe algo de Annerose, digo, de la cadete Rheinhold? Estaba con nosotros cuando empezó todo y no

sabemos nada de ella. No la han trasladado a nuestra celda, así que no creo que la detuvieran.

—No he hablado personalmente con la cadete Rheinhold todavía, pero parece ser que fue ella quien avisó a la policía de lo que estaba sucediendo y acto seguido dio parte a mi asistente.

Maldita sea, ¡nos ha vendido! ¡Mataré a esa mal nacida! Max suprimió el comentario para no provocar al oficial, aunque tomó nota para tener una amistosa charla con su camarada. —Señor, ¿vamos a ser expulsados de la Academia?—
No por favor no por favor no por favor.

—¡Oh, no, cadete Prichner!

El suspiro del joven pudo oírse a kilómetros a la redonda.

—Sin embargo, el capitán Caspian es un buen amigo mío. Y me aseguraré de que haya algunos cadetes bastante ocupados durante su vuelo de entrenamiento.

Con la promesa de Ederhart en el aire, el grupo abandonó en silencio el edificio.

Regresaron a la Academia de la Flota después del amanecer, apenas una hora antes de empezar las clases. Tras un desayuno apresurado, Max y Theodora se incorporaron al Curso de Física Etérica Básica, necesario para acceder a las ramas de pilotaje y navegación respectivamente. Albert intentó localizar sin éxito a Annerose y pasó el resto de la mañana en una lección sobre Ingeniería de Motores Etéricos, aunque prestó bien poca atención.

Al igual que cada día, el grupo tenía previsto reunirse en las inmediaciones de los jardines principales. Albert siempre había encontrado fascinante el diseño de la Academia de la Flota, uno de los primeros edificios que Wilhelm Von Stroiden mandó construir tras proclamarse emperador en el 75 C.E., junto con el Palacio Imperial y el Cuartel General de la Flota. Wilhelm I decidió mostrar la renovación que representaba el nuevo régimen con el traslado de toda la infraestructura burocrática desde la antigua capital Terranova a una nueva

ciudad. Así surgió Mannheim, la actual capital de Lohengrin y, por ello, centro de mando del Imperio. Situada a las afueras de Mannheim, a medio camino entre la capital y la cercana Werner, donde se había instalado el astropuerto principal de Lohengrin, la Academia era un organismo vivo en expansión radial.

El complejo original estaba formado por varios edificios sobrios de mármol oscuro, muy acorde con el espíritu de autoridad de los primeros años del Imperio, y estaba rodeado de jardines y diversos campos de entrenamiento. Las necesidades tecnológicas y la continua expansión de la Flota habían hecho surgir por doquier edificios anexos para albergar las nuevas instalaciones a lo largo de cinco siglos.

Un ojo experto podría haber reconocido una veintena de estilos diferentes, pero la arquitectura no era el fuerte de la mayoría de los habitantes del complejo. Sin embargo, la amalgama de construcciones había impresionado a Albert desde el primer día que entró en la

Academia. Mientras andaba por entre los edificios, camino del jardín principal, no podía evitar sentir un escalofrío ya habitual al pasar junto a la estatua de Wilhelm I que guardaba la entrada al edificio principal de la Academia. Había estatuas del Primer Emperador repartidas por todo el complejo, pero ésta era la primera que se había alzado en él y la que guardaba mayor significado. En su pedestal, una placa de bronce rezaba: *Que los ojos de Wilhelm Von Stroiden contemplen con agrado nuestros actos desde allende el éter.* El Juramento Imperial. Tradición y deber se fundían en el solemne voto que realizaban todos los oficiales de la Flota, como si el emperador fallecido hacía más de medio milenio tuviera poder sobre sus destinos.

El Corazón del Imperio es un museo que intenta vivir de las glorias pasadas.

Albert no había llegado a formular nunca en voz alta esa afirmación, pero sentía que era verdad. Había visitado la capital imperial

docenas de veces en los últimos años y cada vez estaba más seguro de ello.

—¡Eh, Al! ¡Despierta de una vez!

Albert se giró para observar a su acompañante. Jürgen Scholdzt era el último integrante de la "unidad" formada por Max, Dora, Annerose y él, y se había salvado de los desgraciados acontecimientos de la noche anterior gracias a una cita de última hora. Al igual que Albert, Jürg estaba realizando el curso de Ingeniería Militar para poder servir a bordo de una astronave imperial. Aunque para Albert era algo irresponsable, Jürg era un tipo afable capaz de devorar complicados textos técnicos con una facilidad sorprendente y había sido de gran ayuda para todos en lo referente a las asignaturas más avanzadas. Habían sido compañeros de cuarto todos estos años y, a pesar de las diferencias, habían trabado amistad rápidamente.

—¿Es que no puedo dejaros solos? ¡Un día que no voy y decidís quedaros con toda la diversión!

—No bromees, Jürg. Lo de ayer pudo haber acabado muy mal. ¡Ni siquiera vimos al tipo del cuchillo! ¡Si ese marine no hubiera intervenido, alguno de nosotros podría haber salido muy malherido! O peor, ¡podría haber sido una pistola púlsar en lugar de un cuchillo!

—Ciertamente, un final patético para un futuro oficial de la gloriosa Flota Imperial, morir acuchillado en un bar. Basta ya de lamentaciones, Al. Por fortuna, nadie salió herido. Tómalo como otra experiencia de la que sacar una aplicación práctica— su tono de voz cambió para imitar el timbre autoritario del comodoro Ederhart. —Vigila bien tu espalda y no pierdas de vista a ningún enemigo.

A pesar de su preocupación Albert esbozó una sonrisa.

–Deberías haber visto la cara de Max al ver al comodoro. ¡Creí que iba a darle un infarto allí mismo!

Los dos cadetes cruzaron la entrada de los jardines y saludaron a algunos compañeros que iban y venían de un edificio a otro. Los jardines, diseñados junto a la Academia original, eran una extensión de la misma, realizados a imagen de los del Palacio Imperial, pero de tamaño mucho más reducido. En ellos se había construido una serie de fuentes adornadas por estatuas de las figuras más destacadas del entonces naciente Imperio, los líderes de las Siete Familias Imperiales con Wilhelm Von Stroiden al frente como emperador, además de algunos importantes personajes de la época de los que ni Jürg ni Albert conocían la identidad, rodeadas de setos frondosos que formaban pasillos de dibujos geométricos. Al ser una zona de paso obligatoria para casi cualquier destino del complejo, los jardines se encontraban abarrotados de cadetes a todas horas.

Con la familiaridad de años de práctica, Albert y Jürg navegaron automáticamente hacia el punto de reunión de su grupo, un banco de piedra situado en el extremo opuesto a la entrada de los jardines desde el edificio principal. A medida que se acercaban, Albert comprobó que no eran los primeros en llegar. Dos chicas con el uniforme de cadete estaban sentadas en el banco. El uniforme era lo único que ambas tenían en común.

Theodora Muller era alta, más que cualquiera de ellos. Su figura esbelta, su larga melena pelirroja rizada y su rostro, delicado y de expresión decidida, evocaba el de una heroína de las antiguas leyendas sobre Terra o la imagen de la emperatriz Isolde, la esposa de Wilhelm I, la más hermosa de las mujeres del Eje según las narraciones de la historia imperial. La voz de Dora, musical y controlada, les llegaba con claridad ahora que estaban apenas a unos metros de su destino. Dora estaba explicando los detalles de su captura a su acompañante.

En contraposición con Dora, Annerose Rheinhold superaba por poco el metro y medio, una estatura muy inferior a la de la mayoría de mujeres del Imperio. Llevaba el cabello negro y liso recogido en un moño y su expresión era de interés por el relato de Dora. A Albert le recordó la imagen de la madre de ella. Klara Rheinhold era una reputada violinista que, tras la muerte de su marido, había vivido dedicada a la enseñanza musical en Taunus, su mundo natal. Albert había pasado horas en casa de Annerose contemplando cómo Klara intentaba despertar en su hija la pasión por la música, aunque sin demasiado éxito. Annerose era una intérprete de violonchelo competente pero, a diferencia de su madre, no conseguía atrapar al oyente ni hacerle partícipe de un momento sublime de revelación que parecía manar de cada nota que Klara arrancaba a su violín.

Annerose escuchaba con atención en silencio, como si absorbiera las palabras de su amiga y reprodujese en su mente la escena

relatada. Un observador externo habría jurado que la joven se hallaba absorta en la narración, pero Albert la conocía mejor que nadie. Bajo esa aparente concentración total hacia el relato, se escondía un nivel de percepción insospechado. Albert sabía que Annerose prestaba atención a todo cuanto la rodeaba, sin despreciar el menor detalle, por insignificante que pareciese. Estaba seguro de que ella les había visto venir desde que habían entrado en la explanada de las fuentes, aunque no hubiera dado señal alguna de ello.

Lo que más intimidaba a Albert eran esos ojos negros que parecían captar cualquier matiz y almacenarlo para su posterior revisión.

—Mis Señoras—. Jürg ejecutó una inclinación a modo de una burda imitación teatral de un cortesano de palacio. —Vuestra presencia hace mucho más radiante un día tan espléndido como hoy.

Dora interrumpió la explicación al percatarse de la presencia de sus amigos.

—Hola, Jürg. Supongo que Al ya te ha puesto al corriente de la Batalla de Werner. Espero que por lo menos tu velada fuera mucho más placentera.

—¡Oh, no! En absoluto. Resultó que la muchacha sólo me quería por mi inteligencia, así que estuve repasando hasta altas horas de la noche esquemas de motores, diferencias de curvatura de túneles etéricos y cómo éstos afectan al rendimiento de los mismos— explicó con indignación medio fingida. —Un tema fascinante de todos modos, aunque hubiera preferido una compañía mucho más agradable, como la de mi pelirroja favorita.

—Ni en sueños, chico listo.

Albert estaba acostumbrado a la maniobra de flirteo entre Jürg y Dora, pero esta mañana no le divertía. Observó con detenimiento a Annerose. No había signos evidentes del altercado nocturno en el rostro de la muchacha aunque, a juzgar por las palabras de Klaus, probablemente el contrincante más

formidable de la noche anterior había sido ella, salvo con la excepción del gigantesco marine. Albert se encontraba dolorido y tenía algunos morados, pero quien se había llevado la peor parte era Max, que había recibido al inicio de la pelea un fuerte puñetazo en la cara, mientras que Dora parecía haber salido indemne.

Finalmente, se acercó a Annerose y la cogió de las manos. Volvió a mirar su rostro, seguro de que ella se había dado cuenta de su preocupación. Annerose no interfirió en el examen. Tras unos instantes, Albert pareció tranquilizarse al fin, la acarició las manos y la besó lentamente.

—He intentado ponerte en contacto contigo esta mañana, pero la terminal de tu habitación sólo me daba la señal de ausente. ¿Estás bien?

Annerose asintió. Su expresión se suavizó de modo casi imperceptible. Hizo una pausa, como si intentase escoger las palabras adecuadas.

—Creí que Max no sería tan estúpido como para montar un numerito de los suyos, pero me equivoqué.—suspiró.—Pensé que podríamos salir de allí antes de que se desatara una batalla campal, pero cuando vi el cuchillo decidí que sería mejor que la policía calmara los ánimos antes de que las cosas fuesen a peor. Ese marine de Celeres causó la suficiente distracción para que yo pudiese llegar a la puerta, avisar a la policía y desaparecer. Supuse que os retendrían para interrogaros, así que llamé al asistente del comodoro para que os sacara de allí lo antes posible y le expliqué que no habíamos empezado la pelea. Para asegurarme que no se tomaran represalias indebidas, he ido a hablar con el comodoro Ederhart esta mañana a primera hora.

Albert estaba seguro de que probablemente había sido mejor que Ederhart se hubiese enterado del altercado por ella y no por la policía, aunque el enfado del comodoro había sido considerable y la promesa de represalias aún

flotaba en el aire. Annerose no parecía preocupada en absoluto. Sin embargo, la voz de Annerose sonaba natural, como si restara protagonismo a su intervención.

Típico de ella. Se le ha presentado un problema táctico y ha intentado resolverlo como si de un ejercicio de clase se tratara. Ahora sólo queda analizar los resultados y redactar el informe.

—¡Maldita traidora! ¡Nos has vendido a Ederhart!

La acusación llegó inesperadamente mientras hacía acto de presencia Max, preso de un infantil ataque de ira. Había tenido una larga charla con el comodoro, lo que había sacado de quicio al cadete. Al no poder descargar su frustración necesitaba un cabeza de turco para desahogarse. El morado en su ojo izquierdo daba un aire ridículo a su mueca de rabia.

Max apartó a Albert de un empujón, se colocó delante de Annerose y cerró el puño derecho. El cadete superaba la altura de la muchacha por más de un palmo y medio. Irguió

todo su cuerpo como si fuera un muelle a punto de saltar.

Cuando se dio cuenta de su error ya era demasiado tarde. La reacción de Annerose fue tan rápida que nadie pudo intervenir y su ataque, inesperado. Con un gesto fugaz se levantó, cogió a Max del brazo derecho y aprovechó el impulso de su movimiento para proyectar al cadete por encima de su cuerpo y lanzarlo por los aires un par de metros, hasta que se encontró sumergido en la fuente situada frente a ellos. Annerose no alteró en absoluto su expresión durante el breve altercado.

—Me parece que el cadete Prichner necesita refrescarse un poco, así que ¿por qué no le dejamos tranquilo para que recapacite?— dijo Annerose.

Albert y Jürg se quedaron helados ante la demostración. Max, atónito, parecía una estatua inmóvil en medio de la fuente, sin saber si debía estallar de rabia o morir de vergüenza.

–Annerose me ha confesado hace un rato que ha estado acudiendo durante los últimos meses al Curso de Defensa Personal– explicó Dora mirando de soslayo a Max. –Me parece un curso bastante efectivo, a juzgar por el resultado.

Dicho esto ambas mujeres se levantaron y empezaron a caminar de vuelta al edificio principal mientras dejaban a dos cadetes atónitos y a uno en remojo.

–Adelante.

El comodoro Ederhart levantó la vista de la pantalla del ordenador y observó a la recién llegada. Que una mujer vestida con el uniforme azul oscuro de cadete se encontrase saludándole marcialmente en su despacho le habría parecido algo irreal varios años atrás, pero si algo había aprendido a lo largo de su carrera era a adaptarse a los cambios.

–Señor, se presenta la cadete Reinhold.

—Siéntese, cadete— ordenó devolviendo el saludo.

Annerose se limitó a fijar la vista en su superior mientras tomaba asiento frente a él en una silla cómoda pero algo desvencijada.

El despacho del comodoro no había cambiado en las ocasiones que Annerose había sido llamada a presencia del director. Cientos de libros antiguos y pergaminos se encontraban repartidos por toda la sala, catalogados diligentemente en los estantes que recubrían la totalidad de las paredes. A pesar de contar con el apoyo de los milagros de la tecnología moderna, Annerose sospechaba que el despacho conservaba el aspecto de la estancia original, construida tras la proclamación de Wilhelm I. Detrás del escritorio del comodoro se alzaban dos enormes ventanales que se abrían a los jardines principales, lo que ofrecía al director una magnífica vista de la mayor parte de sus dominios.

Ederhart volvió a mirar la pantalla y releyó en silencio la ficha de Annerose. Había revisado su historial en varias ocasiones los últimos años, hasta conocerlo de memoria. No por ello dejaba de sorprenderse cada vez que examinaba los datos.

No todos los días se tiene en la Academia al hijo de un héroe.

El Imperio entero conocía la historia de los hechos que habían sido bautizados como el Incidente Hagen. Durante una visita oficial del emperador Gregor IV al mundo minero de Hagen, un reducido grupo había conseguido secuestrar la lanzadera en la que viajaba la princesa Alia, entonces un bebé de apenas un año. Del séquito imperial, únicamente el teniente Franz Rheinhold, un joven oficial, consiguió sobrevivir. Rheinhold no sólo acabó con los atacantes sino que además rescató a la heredera. Un disparo de pistola pulsar destruyó los controles de vuelo fruto de la lucha y la lanzadera se estrelló en medio de uno de los

mayores desiertos del gigantesco Hagen durante la peor tormenta de arena del último siglo. Milagrosamente o, como apuntaban los cronistas de la época, debido a su pericia, Franz Rheinhold y Alia sobrevivieron al impacto y, tras vagar varios días por el desierto, el oficial consiguió alcanzar una guarnición imperial con la princesa en perfecto estado de salud. Sin embargo, como en la mayoría de gestas heroicas, el precio que se pagó fue muy grande. El teniente Rheinhold, herido tras el combate y castigado por las inclemencias del desierto, no pudo soportar la dureza de la travesía y murió minutos después de devolver sana y salva a la princesa al emperador en persona. El ejemplo a seguir, el sacrificio de un héroe según los noticiarios del Imperio. Ederhart recordaba el revuelo que había causado la noticia en la Academia, en especial entre los cadetes de primer año. Durante meses no se habló de otra cosa.

El comodoro interrumpió su lectura y observó nuevamente a Annerose, que esperaba en silencio, su rostro sereno.

—Dígame, cadete, ¿por qué un destino en tierra?

—No le entiendo, señor.

—Su petición. Departamento de Análisis como primera preferencia. Habría podido escoger un centenar de destinos adecuados a sus capacidades.

A pesar de todos sus esfuerzos por ocultarlo, Ederhart creyó detectar una pequeña grieta en la neutralidad de Annerose. ¿*Duda?* ¿*Sorpresa?* Creyó oportuno atacar.

—Tengo que reconocer que me sorprendió. En general, su progresión es similar a la de la mayoría de los cadetes y su informe muestra dotes adecuadas para dicho destino. Quien critique el Departamento de Análisis como una sección menor es un estúpido. El Servicio de Inteligencia, entre otros muchos departamentos vitales, depende en buena

medida del trabajo analítico previo de la información obtenida. Además, el haber servido en Análisis cualifica a un oficial para formar parte del Servicio de Inteligencia— la miró a los ojos. —¿Es eso lo que desea realmente?

Annerose no contestó.

—La capacidad de procesar y de cribar información es vital en un buen oficial, cadete. La mayoría de sus instructores señalan que sus resultados se encuentran cercanos a la puntuación media que se espera de un cadete bien entrenado. Sin embargo, en su perfil destaca un hecho: posee una capacidad de aprendizaje muy superior a la de sus compañeros. Sus resultados en el Curso de Táctica reflejan este hecho, incluso me atrevería a decir que ha sido la única asignatura que parece haber despertado verdadero interés en usted. Cielos, ¡no sólo ha logrado la mejor puntuación de su promoción, sino que ha obtenido una de las diez más altas del Curso de Táctica en toda la historia de la Academia! Llevo

impartiéndolo más de quince años y ha superado a todos mis alumnos anteriores. Sería un buen añadido a la tripulación de cualquier astronave. Conozco una docena de capitanes que se batiría en duelo por tener a bordo a un oficial con su talento. Los buenos estrategas son siempre escasos.

—Con el debido respeto, señor. Le agradezco su preocupación sobre mi futuro, pero tengo... planes. Lo he pensado mucho y creo que mi lugar se encuentra en Análisis.

El comodoro suspiró. Estaba seguro de que había algo más.

—Las decisiones que tome ahora condicionarán en buena medida su carrera, cadete Rheinhold. De todos modos, dispone todavía de algo de tiempo. Durante su vuelo de entrenamiento, todos los cadetes de último curso son destinados al mayor número de tareas posibles a bordo para acabar de comprobar su potencial. Puede examinar las alternativas y, si así lo desea, cambiar su decisión. Es poco

tiempo y la decisión es definitiva, pero permítame un consejo, cadete: no se precipite, puede que más tarde lo lamente— hizo una pausa. —Una cosa más...

Los ojos del comodoro se entrecerraron, como si pudiera traspasar cualquier barrera mental que tendiera Annerose.

—¿Por qué se unió a la Flota? Tanto el Departamento de Análisis como el Servicio de Inteligencia aceptan personal formado en las ramas civiles, especialmente candidatos potenciales que demuestren sus capacidades. Es cierto, la vía militar elimina ciertos inconvenientes menores en lo que respecta a autorizaciones de seguridad. Sin embargo, no creo que ése sea su caso. Hay cadetes que desean continuar con tradiciones familiares que se remontan a los tiempos del Primer Emperador. Otros creen que lograrán la gloria. Los hay que lo consideran un deber que cumplir con el Imperio. Hasta algunos sueñan con alcanzar el ideal romántico de una vida de aventuras. ¿Y

usted? —dijo manteniendo la mirada fija en Annerose —¿Por qué se unió a la Flota?

Por un momento, toda apariencia de serenidad desapareció del rostro de Annerose. Aunque sólo fue por un instante, Ederhart creyó que la muchacha iba a contestarle, hasta le pareció que empezaba a formarse una respuesta en sus labios. De repente, su expresión volvió a ser la de antes, como si se hubiera colocado una máscara. El comodoro comprendió que la muchacha había estado a punto de sincerarse, pero ahora iba a ser imposible obtener respuesta alguna.

—Eso es todo, cadete. Puede volver a sus obligaciones.

Annerose se levantó, saludó y, cuando el comodoro devolvió el saludo, caminó hacia la puerta. Ederhart la siguió con la mirada mientras empezaba a meditar sobre el contenido del próximo mensaje que enviaría a su amigo el capitán Caspian.

Annerose se topó con Albert a la salida del despacho. Al principio, él no se percató de su presencia, ocupado en tamborilear frenéticamente los dedos sobre el brazo del banco en el que estaba sentado. Cuando la vio, se levantó de golpe y fue a su encuentro.

—Dora me ha dicho que Ederhart te había llamado. ¿Ocurre algo?

Annerose negó con la cabeza y se encaminó hacia las escaleras del final del pasillo.

—La Policía de Werner ha enviado el informe definitivo de la pelea— dijo sin mirarle. —El comodoro quería contrastar los últimos detalles con mi versión para enviar la respuesta oficial. Puro trámite. Engorroso, pero necesario.

Albert se colocó frente a ella y la observó durante unos segundos.

—Vale, me parece que estoy sacando conclusiones precipitadas —dijo al fin. —Es que todo este asunto me tiene de los nervios. No dejo de darle vueltas, de imaginar cómo podría

haber acabado. ¡Como si no tuviéramos suficiente con el vuelo!

—Lo siento. Debería haberte avisado antes para no te preocupases.

—No, no. Es culpa mía —negó con la cabeza. —Pensar en el tipo del cuchillo sólo va a hacer que me vuelva loco— colocó las manos sobre los hombros de ella y la abrazó. Albert pudo sentir la tensión acumulada en el cuerpo de Annerose, aunque notó cómo ella se relajaba un poco. Pasados unos segundos, la soltó. La Academia hacía la vista gorda ante las relaciones entre sus cadetes mientras estos fueran discretos, pero el área administrativa del complejo no era el mejor lugar para las demostraciones de afecto.

Espero que no nos haya visto ningún profesor, pensó Albert mirando a derecha e izquierda. *Ya sólo nos faltaría eso.*

—Mejor que volvamos con los demás. Jürg quería que fuéramos a cenar todos juntos. Mañana estaremos demasiado ocupados con los últimos detalles de la partida, así que creo que es

buena idea. Ha reservado mesa en un restaurante que sirve platos típicos del Mercado. Un lugar pequeño y tranquilo. Sin idiotas ni peleas.

Annerose sonrió ligeramente.

—Muy bien.

Los dos se encaminaron escaleras abajo en busca de sus compañeros.

Albert despertó de golpe. Durante unos segundos titubeó e intentó eliminar los restos de inconsciencia que nublaban su mente. No debía ser muy tarde pues desde su ventana podía ver la silueta de Woglinde, la mayor de las lunas de Lohengrin, mientras se alzaba junto a sus dos hermanas que la acompañaban en su recorrido nocturno sobre los cielos de la capital imperial.

Se ha marchado.

No tenía que darse la vuelta para estar seguro de ello. No oía la respiración regular de Annerose, ni sentía el cuerpo de ella apretado

contra el suyo en la pequeña litera. Debía de haber sido hacía poco, porque el colchón todavía conservaba el calor.

Tras la cena, Jürg había insistido en dar una vuelta por un par de tabernas cercanas a la Academia. Dora y Max habían secundado la idea, pero Albert se había excusado diciendo que estaba muy cansado y que prefería regresar, acompañado de Annerose. El vuelo de entrenamiento partiría al anochecer del día siguiente, por lo que los cadetes de último año aprovechaban esta noche para celebrar antes de enfrentarse a más de un mes de rigurosa disciplina. Albert estaba seguro de que Jürg, con quien compartía cuarto, no volvería antes del amanecer, así que Annerose y él se habían refugiado en su habitación.

La presencia de Annerose había servido para desterrar todos sus temores. Sin embargo, ahora se sentía terriblemente sólo. Privada del descanso, su mente no paraba de elaborar

probables escenarios, de cuestionar su situación, sus sentimientos, su futuro.

Le fue imposible conciliar el sueño.

Capítulo 2: Engaños dentro de engaños

El ruido de la lucha se oía por todo el pasillo. El entrechocar del acero ahogaba la respiración de los dos hombres. Ninguno de los dos cedía más terreno al oponente que el necesario para conectar la siguiente estocada. Finta, ataque, parada, una y otra vez. La danza de los dos contrincantes se había desarrollado durante varios minutos y había forzado a los contendientes a utilizar toda su pericia para no dar ninguna ventaja al otro.

El conde Victor Von Hallers, almirante de la Flota Imperial, vio como una figura entraba en la sala. Maldijo en silencio. El descuido casi le hizo bajar la guardia. Su rival,

más joven y rápido que el conde, se percató de la distracción y aprovechó para lanzar una estocada con todas sus fuerzas. La experiencia de toda una vida salvó a Von Hallers. En el último momento, utilizó el impulso de su atacante para desviar la hoja enemiga y, sin cambiar de posición, devolvió el golpe con precisión de cirujano. El conde colocó la punta de su sable sobre el corazón de su adversario.

—Excelente combate, Hans— dijo retirándose la máscara de protección y saludó con el sable. —Cada vez es más difícil anticiparse a sus movimientos. Si sigue progresando, me va a ser imposible volver a ganarle.

—Gracias, señor, — respondió el interpelado, su voz entrecortada por el esfuerzo— pero creo que aún tengo mucho que aprender. Por un momento creí que mi golpe atravesaría su defensa, pero me equivoqué.

El recién llegado, que había permanecido los últimos instantes de la lucha junto a la puerta, avanzó hacia los combatientes. El

comandante Josef Saultz, secretario personal de Von Hallers, saludó y le tendió un disco a su superior.

—Almirante, ha llegado el informe que esperaba.

—Eso será todo por hoy, alférez— dijo Von Hallers sin mirar siquiera a su contrincante. —Proseguiremos nuestra clase la semana que viene.

Mientras su alumno abandonaba la sala, Von Hallers se dirigió hacia la computadora instalada junto a los aparatos de ejercicio del gimnasio. Tras asegurarse de que se había quedado a solas con su secretario, introdujo el disco en la computadora y devoró la información que le ofrecía. Minutos más tarde, se volvió hacia Saultz, que esperaba en silencio junto a él.

El comandante Saultz era un oficial joven que, a diferencia de la mayoría de sus camaradas, no había sentido nunca la ambición de comandar una nave estelar. ¿Por qué

conformarse con una mísera astronave si podía tener cientos? Tras servir un par de años a bordo de un crucero ligero, Saultz había pedido ser transferido al Cuartel General. Desde ese puesto, había escalado posiciones hasta haber llamado la atención del almirante, que le había escogido como secretario personal. Von Hallers, tercer oficial de mayor rango del Imperio –sólo bajo el mando directo del propio emperador y del gran almirante Edgar Von Mueller– era el comandante en jefe de la Flota 002. Trescientas naves de guerra dependían directamente de sus órdenes, una pesadilla logística que habría acabado con la mayoría de burócratas que infestaban el Cuartel General. Sin embargo, Saultz era uno de los administradores militares más competentes que había conocido Von Hallers en toda su vida. Tratar con miles de detalles que formaban el día a día del mantenimiento de la Flota 002 parecía haberse convertido en alguna clase de reto.

—¿Está seguro, comandante?— dijo Von Hallers.

—El mensaje procede de una de nuestras fuentes fiables en Edelman. El secretario de defensa Recour lleva meses con la idea rondándole la cabeza. El premier Ribau no ha dado la orden todavía, pero es inminente. Una vez eliminada toda la oposición, a los confederados no les llevará demasiado tiempo volver a sus costumbres expansionistas.

—El informe del año pasado indicaba que apenas tenían fondos para construir patrulleras y mucho menos navíos de guerra— dijo el almirante y frunció el ceño. —La situación no ha podido cambiar tanto.

—Ribau ha nombrado al almirante Lebel nuevo comandante en jefe. A diferencia de sus predecesores, el almirante es un oficial de integridad incuestionable. El último análisis indica que ciertas partidas desaparecidas de fondos han vuelto a dirigirse a los proyectos de Defensa. Al parecer, Lebel ha conseguido un

apoyo financiero respaldado por el propio premier, lo que le convierte en un hombre peligroso a medio plazo.

—Tendremos que ir con cuidado. Sólo nos faltaba un hombre honrado al mando de la Flota de la Confederación— dijo Von Hallers pensando en voz alta. —¿Y Denie?

—Nuestro contacto en Inteligencia indica que los contactos con Denie habían sido preliminares, pero que su inminente eliminación ha precipitado su decisión de desertar.

Von Hallers paseó la mirada sobre la pantalla de la computadora y revisó el mapa de sistemas. Un punto rojo marcaba la posición de Edelman. La antigua Confederación, reducida a su mundo original tras la guerra contra el Imperio de hacía dos décadas, se encontraba demasiado cerca de las principales rutas de comercio más transitadas del Eje.

—¿Y nuestros amigos del Mercado?

—La presión del Mercado sobre los transportes de la ruta de Aleria ha aumentado

considerablemente— prosiguió Saultz. —En este último año, los aranceles impuestos por el Gremio de Comerciantes se han incrementado un ocho por ciento y, según nuestros cálculos, no acabarán el año sin llegar a un once o un doce por ciento. Ello se debe a que, a pesar de que el Gran Maestro no esté totalmente de acuerdo con esa política, la mayoría de Príncipes Comerciantes consideran vital seguir debilitando en lo posible la mermada economía edelmaniana.

Von Hallers asintió. Federico della Rochella, Gran Maestro del Gremio de Comerciantes del Mercado, podía ser una de las personas más poderosas del Eje, pero no se arriesgaría a poner en su contra a la mayoría de los Príncipes Comerciantes, mucho menos por un tema tan controvertido como la supuesta debilidad de Edelman. Al almirante ya le interesaba que el Mercado le hiciera el favor de apretar el cuello a la desaparecida Confederación. Siempre le había sorprendido la

habilidad con la que los mercaderes podían poner contra las cuerdas a quien se interpusiera en su camino. Su capacidad militar no era despreciable, pero su verdadera fuerza radicaba en el dinero. Su economía, la más importante y sólida de todo el Eje, estaba entretejida de tal modo con la del resto de mundos que se decía que dos terceras partes de cada moneda existente eran, de un modo u otro, propiedad del Mercado.

Saultz continuó su exposición

—Debido a la proximidad de Aleria con el sistema Edelman, la mayoría de sus transportes prefieren acceder desde las rutas del Mercado, mucho más seguras y protegidas, que aventurarse desde los Territorios Libres. El hecho de que todos sus cargamentos sean minuciosamente revisados y frecuentemente retenidos por nuestros funcionarios a su paso por Lucien hace que nuestras rutas sean utilizadas casi en exclusiva por el escaso número de transportes de pasajeros que enlazan

Edelman con el territorio imperial. El premier Ribau es consciente de ello, así como lo es el Gran Maestro della Rochella. Ésa es una de nuestras bazas para evitar el resurgir de la Confederación. Muchos creen que esta situación ofrece la posibilidad de obtener grandes beneficios para aquéllos que tengan algo que aportar en un intento de inclinar la balanza a uno u otro lado. Según Inteligencia, durante los últimos tres años, la Cofradía ha intentado aumentar su presencia en todos los estratos del Eje. Por el momento no hay datos demasiado preocupantes. En nuestro caso sólo hemos permitido la infiltración de elementos que podamos utilizar a nuestro favor. Así, sólo envían la información que deseamos y les hacemos creer que han tenido éxito en tan ardua tarea. Los métodos del Mercado son algo más expeditivos. En cuanto a los Territorios Libres, la complejidad de sus relaciones internas y su propia desorganización facilitan la entrada de topes, pero una vez dentro tienen muy poca

movilidad y menor acceso a la información, precisamente por esa falta de coordinación, por lo que son casi inútiles. Edelman es un caso aparte. Su necesidad de asistencia a todos los niveles y su posición como encrucijada entre las tres hegemonías lo convierten en un cebo goloso para la Cofradía.

El nombre del mayor sindicato criminal de todo el Eje era suficiente para infundir el terror en la mayoría de las personas. Contrabando, piratería, asesinatos, extorsiones, nada era suficiente para la Cofradía. Esta siniestra parodia criminal del Gremio de Comerciantes del Mercado abarcaba casi todos los mundos y extendía sus garras desde sus bases ocultas en el Cinturón, los sistemas exteriores que rodean el Eje. La Cofradía había monopolizado de tal manera las actividades ilegales a gran escala, que cualquier competencia tenía un final violento.

—Podemos añadir el odio visceral de su clase gobernante hacia las derrotas del pasado, lo

que hace que sea una presa fácil de provocar. Ello tampoco debería preocuparnos demasiado, aunque nunca hay que descuidar la guardia— continuó Saultz.

—El problema de Edelman es parte vital en la tarea de la planificación de la estrategia imperial a medio plazo y es una pieza que debe ser jugada con mucho cuidado porque, una vez en marcha, no podremos disponer de otra similar— replicó Von Hallers mientras se secaba el sudor de la frente. El cansancio causado por el combate había desaparecido por completo.

—Entre los elementos que la Cofradía ha intentado acercar a sus filas hay algunos que la Inteligencia Imperial no ha detectado porque lo hemos impedido. De hecho, hemos sido nosotros quienes hemos introducido dichos elementos en la Cofradía. Nuestros agentes en Edelman y la Cofradía han confirmado la información que nos enviaron nuestros amigos de Inteligencia el mes pasado. La entrega está acordada y la pantalla lista.

—Siempre y cuando no haya ningún imprevisto de última hora. Ahí entramos nosotros, comandante.

—Sí, señor. Según nuestro agente, los peones fueron movilizados hace quince días, gracias a que la cobertura escogida depende directamente de la Flota 002. El hecho de no haber sido informados oficialmente vuelve nuestras posibles filtraciones mucho más inofensivas. Una intrusión a alto nivel queda totalmente descartada. No sabemos el momento exacto, pero los agentes de la Cofradía en Edelman tienen información de primera mano que se encargaron de hacer llegar a nuestros peones. Cuando ellos muevan pieza, lo harán creyendo que su omnipotente Cofradía les guía. Incluso los autoproclamados Señores del Crimen pensarán que manejan los hilos de Edelman y del Imperio a su antojo.

Von Hallers observó con orgullo a su secretario. Al almirante le había extrañado en más de una ocasión que el comandante Saultz

no hubiera intentado hacer carrera en el Servicio de Inteligencia, puesto que le consideraba un analista de primera que podría rivalizar con el mismísimo Jos Kendar, Primer Consejero del emperador. Sin embargo, hacía mucho tiempo que se había dado cuenta del descontento de su subordinado con el actual funcionamiento del Imperio. El comandante nunca había dicho nada al respecto, pero Von Hallers había visto señales claras en otros oficiales a lo largo de toda su carrera.

Durante años, el almirante había labrado en todos los niveles de funcionamiento del Imperio una red de contactos tan casuales y sutiles que nadie, ni siquiera el Servicio de Inteligencia, parecía haber sospechado nunca de su existencia. La posición de la Casa Von Hallers, una de las más poderosas de las Siete Familias, ayudaba a proteger la fachada de los intereses del almirante. De todos modos, Von Hallers no era estúpido y sabía que caminaba sobre una senda minada, con el Servicio de

Inteligencia tras todos sus movimientos, a la espera de que realizara un paso en falso, por lo que la cautela y el uso de intermediarios había sido preceptivo. La aparición de Saultz había sido un refuerzo indiscutible para su estrategia. El comandante actuaba como intermediario principal con terceras partes y con su ayuda su red de contactos se había extendido hasta abarcar todo el Eje. Lo mejor del caso era que nadie en la organización de Von Hallers sabía que estaba trabajando de manera directa o indirecta para su objetivo. Sólo Saultz conocía que el almirante estaba involucrado en algo. Su lealtad estaba fuera de toda duda pero, por si acaso, Von Hallers ya había previsto una alternativa en caso de que las intenciones de su subordinado fueran por un camino opuesto al suyo.

—Engaños dentro de engaños. No hay nada como tener agentes desconocedores de la existencia de uno. Muy bien, comandante. Le felicito por su extraordinario planteamiento,

como siempre. En el peor de los casos, habremos provocado un dolor de cabeza a nuestros queridos vecinos edelmanianos y las iras de los Mercaderes les harán apretar un poco más la soga alrededor de su cuello, mientras que los Señores de la Cofradía sufrirán una afrenta dura de olvidar. Ahora sólo nos queda esperar y ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Veremos si el peón se sacrifica por una pieza mayor, pero dudo que llegue a convertirse en reina.

Von Hallers se preguntó quién sería el desafortunado perdedor que serviría esta vez a sus planes, aunque en realidad no tenía importancia. Descartó ese pensamiento de la cabeza mientras observaba los nombres de las astronaves escogidas como cortina de humo.

Odio todo esto.

El pensamiento llegó como si fuese la conclusión racional de un largo proceso de investigación. Si lo pensaba fríamente, podía ver claras las implicaciones de la idea durante toda su carrera.

Al principio había pensado que la Flota sería un lugar lleno de oportunidades para alguien como él. Después de todo siempre había sido ambicioso y había estado dispuesto a trabajar duro. En más de una ocasión le habían felicitado por sus planteamientos, algunos de ellos incluso habían sido considerados brillantes. Sus instructores le auguraban un buen futuro. Eso le había ayudado a ascender rápidamente

En algún lugar del camino la ilusión se había roto.

Había descubierto que su verdadero motor no era en realidad su talento, sino su odio. Odio hacia todo lo que había servido, su gente, sus superiores, su hegemonía, la pompa y el protocolo con el que se tomaban todos los aspectos de su vida. Y eso le había quemado y

había frenado en seco su avance. Sus sueños se derrumbaron mientras su ambición se retorció, incapaz de soportar el envite del odio.

Entonces habían empezado los problemas. De la noche a la mañana se convirtió en un lastre para sus superiores, alguien que rozaba la insubordinación con cada uno de sus actos. Había sido sólo cuestión de tiempo el que sucediera un desastre. Se había considerado muy afortunado cuando descubrió que no sería expulsado tras casi haber matado a un oficial en una pelea. Demasiado afortunado.

Pero nada es gratis.

El precio en este caso lo dejó bien claro el hombre que se le había presentado el año pasado. Había oído rumores parecidos, pero nadie parecía querer creerlos, meros cuentos para asustar a jóvenes. El Hombre de la Cofradía había sido muy preciso.

Nosotros te protegemos. Te ayudamos para que tú nos puedas ayudar. Eres lo suficientemente listo como para saber qué significa eso. Pero no te creas

imprescindible. Nadie lo es. Intenta jugar con nosotros y te aplastaremos como la cucaracha que eres.

En ese momento habría matado a aquel tipo con sus propias manos pero, como bien éste había remarcado, no era un estúpido. No serviría de nada y probablemente hubiera traído consecuencias. Cuando menos lo esperase, un conductor ebrio lo embestiría, ocurriría un lamentable accidente con su traje de vacío o algo por el estilo. La reputación de la Cofradía en esta clase de asuntos estaba más que demostrada. Quizás sus operaciones en suelo imperial fueran mucho menores que en los mundos exteriores del Cinturón, pero era su vida la que estaba en juego.

Era un superviviente, así que aceptó. No tenía nada que perder. Se hizo el sumiso y decidió esperar su oportunidad. Y no podía quejarse. Hasta la fecha no había tenido problemas y las recompensas de sus benefactores no podían desmerecerse. No sabía cómo había logrado mantener su puesto pero

era obvio que las influencias de la Cofradía le habían salvado el cuello.

Ahora había llegado el momento de pagar y, sin embargo, no le preocupaba demasiado. Haría lo que se la había ordenado, obedecería como un buen esclavo, permitiría que su odio destruyese todo aquello que había causado su ruina.

El teniente Karl Lomark, segundo oficial del crucero imperial *Volstag*, acabó de arreglarse el uniforme, revisó que la carga del minipulsar oculto estuviera llena y abandonó su camarote rumbo al puente de mando.

Capítulo 3: Rutina y sorpresas

—Empiezo a estar un poco harto. ¿Por qué a nosotros sólo nos toca hacer de electricistas?

Albert intentó en vano ignorar las protestas de Max mientras observaba cómo Jürg

devolvía a su lugar el panel que había extraído hacía unos minutos.

–Cállate, Max– dijo Jürg. –Aún queda por revisar otro corredor. Si no nos damos prisa, tendremos que hacer turnos extra. ¿Por qué no haces algo útil por una vez y ayudas a Al con las conexiones de la subsección C? Por lo menos así ganaremos algo de tiempo.

–Eso me pasa por bocazas. No tendría que haberme ofrecido a ayudaros.

–Lo que pasa es que todavía temes lo que Ederhart haya podido hablar con el capitán– dijo Jürg con una mueca burlona en los labios.

–Bueno, el capitán Caspian no parece mal tipo,– aventuró Max– pero si es amigo del comodoro pueden haber tramado algo para amargarme el viaje. Y, mientras tanto, aquí estamos. Nos limitamos a sustituir paneles de circuitos en una vieja cafetera a la que le han montado un motor etérico. Podrían habernos destinado a una nave de verdad. ¡Únete a la Flota y vivirás la mayor aventura de tu vida!

Albert no pudo reprimir una sonrisa. Había esperado que la estancia en la *Barbarosa* fuera en gran parte actividad rutinaria, pero tras diez días empezaba a estar algo agobiado.

No se podía quejar, por lo menos le habían designado como asistente de Jürg, que era el Jefe de Ingeniería en activo. Su puesto le colocaría como enlace de Ingeniería en el puente durante la siguiente rotación de personal. Sin embargo, hacía cuatro horas que una sobrecarga en el reactor había arruinado una parte importante del sistema eléctrico de abordaje. La redundancia de sistemas en el diseño de las astronaves hacía que fuese un incidente menor, pero Jürg había preferido no correr riesgos y movilizar a todo su personal disponible para sustituir los sistemas dañados, actitud que le había valido un elogio por parte del comandante Von Schiller, el primer oficial de la *Barbarosa*. Albert sospechaba que el accidente no había sido casual, sino alguna clase de prueba, pero se había callado su opinión.